



El secretario general del PCF, Marchais, tiende a creer que los socialistas están dispuestos a unirse a la derecha reformista de Giscard d'Estaing para gobernar sin los comunistas.

mente la voluntad de Mitterrand. El secretario general del Partido Socialista debe encontrarse plenamente feliz de estas reacciones de sus compañeros-enemigos: Fortalecen los que pueden ser sus planes. El manejo por el Partido Socialista de la unión de la izquierda consiste en decir a la burguesía parlamentaria que si el Partido Socialista no es admitido rápidamente dentro de ella, no le costará gran trabajo reanudar su amistad con los comunistas y llevarlos con él al Gobierno dentro de tres años, en las próximas elecciones. Los avisos que está recibiendo son gratos. Además de la reacción de la prensa de la derecha, algún miembro del Gobierno ha dicho ya que «el Partido Socialista se encuentra en el camino de recuperar su libertad» para llegar a ser «un compañero con el que podremos dialogar para el establecimiento de una nueva mayoría».

ESTA nueva mayoría, que se llamará sin duda «centro izquierda», por evitar la antinomia «derecha-izquierda», y porque a las derechas de nuestros tiempos les agrada y conviene llamarse centros, no tardará probablemente demasiado tiempo en establecerse. Apenas se le puede reprochar al Partido Socialista este «cambio de alianzas», porque no es más que un regreso a sus antiguas alianzas, a las de las vísperas de la primera guerra mundial; en realidad, el «cambio» fue el de la unión de la izquierda, y en unas circunstancias muy concretas, como lo fueron las que le llevaron al Frente Popular de las vísperas de la segunda guerra mundial (el antifascismo, el rudo enemigo común). El Partido Socialista es reformista por definición propia, es «entrista» y quiere cambiar la sociedad desde dentro de sus estructuras actuales, con la lentitud que sea necesaria y con toda moderación. Tiene el riesgo de verse devorado por las propias estructuras de esa sociedad que quiere transformar, como ha sucedido con la socialdemocracia de los alemanes federales y con los laboristas británicos; pero de ese riesgo no están exentos ni siquiera los partidos comunistas occidentales de la «nueva línea» (podría ocurrirle al propio Cunhal, que lucha contra esa digestión en Portugal).

PRECISAMENTE el Partido Comunista Francés, con el brio de Marchais y la presión de Leroy, está ahora tratando de evitar ser digerido dentro de la coalición. Las posiciones que toman ahora con respecto a los socialistas no son estrictamente de tiempo presente, sino que se encaminan hacia el futuro. Pueden estar ya considerando los comunistas franceses que el impacto directo de la crisis económica, que no cesa de crecer, va a ocasionar unos trastornos serios en la política francesa, y que el Gobierno, en esos trastornos, va a ser devorado por ellos; que la clase obrera, las clases sin privilegios, van a sentir más que nadie el ataque de la crisis económica, y que entonces se volverán hacia el Partido Comunista. Para lo cual el Partido Comunista no debe estar comprometido en una alianza que le prive de sus bases programáticas esenciales. Y si permanece formalmente dentro de esa alianza, debe estar marcando continuamente sus diferencias, como lo está haciendo ahora.

ES un juego arriesgado. Podría volverse en contra. Pero no parece que el Partido Comunista Francés vea ahora otro juego posible. ■

GRAN BRETAÑA

La buena sombra de la hija del tendero

El papel político de las cacerolas comenzó a mostrarse en Santiago de Chile por un motivo bien norteamericano: Las mujeres usaron esos cacharros para orquestar su protesta callejera contra la política económica del entonces Presidente Allende. El suceso fue recogido con evidente regocijo por la prensa de todo el mundo, e incluso el poeta, cristalógrafo y ministro español Julio Rodríguez lo recogió en su famoso libro posdecembrino. Ahora, las cacerolas han tenido menos éxito en Inglaterra. Es más: Esta vez las cacerolas se usaron para mermar, sin éxito, la popularidad de un candidato de la derecha —Thatcher— en favor de un candidato del centro moderado británico —Whitelaw—. Nos referimos a las elecciones para el liderazgo del Partido Conservador, cuya complicada mecánica todavía no han entendido ni aquellos ingleses que son capaces de seguir por radio los cursos de Matemáticas de la Open University. El triunfo de la señora Thatcher fue precedido por mucho llanto centrista, europeísta y conservador. La caída de Heath fue una sorpresa para todos los británicos que estaban ajenos al tejemaneje que se iniciaba en las manos del ex Sir Alec Douglas Home, ahora Lord Home, confeccionador perezoso de la maquinaria que debía expulsar, en definitivas cuentas, a Heath del liderazgo del

partido. Fue una sorpresa para la generalidad de la gente, pero no para los conservadores. Los conservadores jamás le perdonaron a Heath que tratara de aparentar desde el principio de su mandato que él no era un conservador tradicional, que odiaba los títulos nobiliarios y que no quería hacerle concesiones al predominante y reaccionario Sur de Gran Bretaña, el feudo principal de su partido. Heath quería empezar a hablar «el lenguaje del Norte», y dedicó sus mayores esfuerzos a «quemar» a gente en Irlanda del Norte y en las minas. Uno de esos personajes principales del conservadurismo que fue quemado en esas esferas fue el otro candidato principal de estas elecciones, mister Whitelaw, cuyos principales desprestigios vienen sobre todo de aquella estancia suya en el Norte del Reino Unido y en la cartera de Empleo, donde fracasó de tal manera, que arrastró con su fracaso el del propio Gobierno entonces en el poder, último de los conservadores por muchos años, según parece. Heath se dio cuenta muy pronto que no podía hablar el lenguaje del Norte, y se quedó siendo un pobre conservador del centro del país, un tendero —como siempre se le llamó—, dispuesto ya a hacer concesiones a su ala derecha en detrimento del ala izquierda —¿tienen alas izquierdas los ángeles conservadores?—.

